

III

EL PLEITO

—¿Es decir, que no hay medio de perderlo? — me preguntó después de haberme escuchado atentamente.

—La opinión de mi padre, y la mía, es que para perderlo sería preciso tener esta intención.

—Pero ¿no ha comprendido su digno señor padre que yo lo quiero de todos modos?

—No, señora—respondí con firmeza, pues se trataba de cumplir con mi deber, y volvía yo a desempeñar el único papel decente que me correspondía

al lado de aquella noble mujer ;—¡ no !, mi padre no lo entiende así. Su conciencia le prohíbe hacer traición a los intereses que le han sido confiados por el señor conde de Ionis. Cree que usted llevará a su esposo a una transacción, y, por su parte, la hará tan aceptable como sea posible para los adversarios que usted protege ; pero jamás se resolverá a querer convencer al señor de Ionis de que su causa es mala en justicia.

— ¡ En justicia legal !—replicó ella con triste y dulce sonrisa,—pero en la verdadera justicia, en la justicia moral y natural, su digno padre sabe perfectamente que nuestro derecho nos lleva a ejecutar una cruel expoliación.

—Lo que piensa mi padre desde este punto de vista—contesté algo desconcertado,—sólo incumbe a su conciencia. Cuando el abogado puede defender una causa en que las dos justicias de que usted me habla, están de su

parte, siente gran alegría y queda indemnizado de los casos en que las encuentra en oposición ; pero nunca debe profundizar estas distinciones cuando ha aceptado voluntariamente su mandato, y usted sabe, señora, que sólo a instancias de usted misma ha consentido mi padre en perseguir al señor de Aillane.

— ¡ Yo lo he querido, sí ! He conseguido de mi esposo que este cuidado no se confiase a nadie más ; he esperado que su padre, el hombre más bueno y honrado que he conocido, lograría salvar a esta desgraciada familia de la rigurosa persecución de la mía. Un abogado puede siempre mostrarse parco y generoso, sobre todo cuando sabe que no será desautorizado por su principal cliente. ¡ Y este cliente soy yo, caballero ! Se trata de mi fortuna y no de la del señor de Ionis, que no está amenazada por ninguna parte.

—Es verdad, señora ; pero usted se

encuentra bajo la potestad marital, y el marido, como jefe de la comunidad...

—¡Ah! ¡sé lo que sigue! Tiene sobre mi fortuna más derechos que yo misma, y usa de ellos en mi interés, quiero creerlo; pero olvida en esto el de mi conciencia: y ¿por quién? Su fortuna personal es inmensa, y no hay hijos; tengo, pues, ante Dios, el derecho de despojarme de una parte de mi opulencia para no arruinar a otras personas honradas, víctimas de una cuestión de procedimientos.

—Este sentimiento es digno de usted, señora, y no he venido aquí para discutir un derecho tan hermoso, sino para recordarle nuestro deber y suplicarle que no nos exija que lo olvidemos. Tendremos todos los miramientos compatibles con el triunfo de su causa, aunque ello nos costase merecer los reproches del señor de Ionis y de su madre. Pero retroceder ante un mandato aceptado, declarando que el éxito es

dudoso y que habría provecho en transigir, eso es lo que el estudio profundo del asunto nos prohíbe, bajo culpa de mentira y traición.

—Pues bien, ¡no!, ¡se equivoca usted!—exclamó la señora de Ionis,—¡le aseguro que se equivoca! Eso son sutilezas de abogado que ilusionan a un hombre envejecido en la práctica de su profesión, pero que un joven *sensible* no debe aceptar como regla absoluta de conducta... Si su padre se ha encargado del pleito y usted mismo conviene en que lo ha hecho a instancias mías, es porque presentía mis intenciones. Si las hubiese olvidado me afligiría por ello y creería que en su casa no se siente por mí la estimación que quisiera inspirarles. Cuando se prevé que la victoria sería horrible, no debe temerse proponer la paz antes de la batalla. Obrar de otro modo es tener una idea falsa del deber. El deber no es una consigna militar, es una religión, y de-

jaría de serlo si prescribiese el mal. ¡Cállese! ¡no me hable ya más de su mandato! No ponga la ambición del señor de Ionis por encima de mi honor; no convierta esa ambición en una cosa sagrada; es una cosa enfadosa y nada más. Unase conmigo para salvar a los desgraciados. Haga de modo que pueda ver en usted un amigo según mi corazón, mejor que un legista inflexible y un abogado implacable.

Al hablarme así, me tendía la mano y me inundaba con el fuego entusiasta de sus hermosos ojos azules. Perdí la cabeza, y al cubrir esa mano de besos, me sentí vencido. Lo estaba de antemano, pensaba como ella antes de haberla visto.

No obstante, me defendí aún. Había jurado a mi padre que no le haría ceder a las consideraciones sentimentales que su cliente le había hecho presentir por sus cartas. La señora de Ionis no quiso escuchar nada.

—Habla usted—me dijo—como un buen hijo que defiende la causa de su padre; preferiría que no fuese usted un abogado tan hábil.

—¡Ah! señora—exclamé aturdidamente,—no me diga usted que estoy hablando como adversario suyo, porque me haría odiar demasiado una profesión en la que se necesita más insensibilidad de la que poseo.

No fatigaré al lector con el fondo del pleito entablado por la familia de Ionis contra la de Aillane. La conversación que acabo de reproducir basta para la comprensión de mi relato. Se trataba de un inmueble de quinientos mil francos, es decir, de casi toda la fortuna de nuestra bella cliente. El señor de Ionis empleaba muy mal las inmensas riquezas que poseía por su parte. El libertinaje le tenía perdido, y los médicos no le daban dos años de vida. Era muy posible que dejase a su viuda más deudas que bienes. Al

renunciar a los beneficios de su pleito, la señora de Ionis estaba, por lo tanto, amenazada de caer, desde la cumbre de la opulencia, en un estado de estrechez para el que no había sido educada. Mi padre compadecía mucho a la familia de Aillane, infinitamente estimable y compuesta de un digno gentilhombre, su esposa y sus dos hijos. La pérdida del pleito les dejaría en la miseria; pero mi padre prefería, naturalmente, salvar el porvenir de su cliente, preservándola de un desastre. Ahí estaba para él el verdadero caso de conciencia; sin embargo, me había recomendado que no hiciese valer ante ella esta consideración. «Es un alma romántica y sublime, me había dicho, y cuanto más se alegue su propio interés, tanto más se exaltará en la alegría de su sacrificio; pero vendrán los años, pasará el entusiasmo, y entonces ¡cuidado con el arrepentimiento! ¡y cuidado también con los reproches que

tendría el derecho de dirigirnos por no haberla aconsejado con más prudencia!»

No me creía mi padre tan entusiasta como lo era en realidad. Retenido por numerosos asuntos, habíame confiado la misión de calmar el impulso generoso de aquella mujer adorable, escudándonos tras de pretendidos escrúpulos que para él eran sólo accesorios. La intención era prudentísima; pero no había previsto, como no acerté a preverlo yo mismo, que compartiría con tal viveza las ideas de la señora de Ionis. Encontrábame en la edad en que la imaginación no concede valor alguno a la riqueza material; es la edad de la riqueza del corazón.

Y además, había aquella mujer que producía sobre mí el efecto de la chispa sobre la pólvora; aquel marido odioso, ausente, condenado por los médicos; la modesta situación con que se la amenazaba y a la que ella tendía los brazos riendo... ¡qué sé yo!

Era hijo único, mi padre poseía algunas riquezas, yo podía adquirirlas también. No era más que un burgués ennoblecido en el pasado por la regiduría, y en el presente por la consideración aneja al talento y a la probidad; pero estábamos en plena filosofía, y, sin creernos en la víspera de una revolución radical, era ya admisible la idea de que una mujer bien nacida se casara con un hombre del tercer estado, en buena posición.

En fin, mi cerebro joven se extrañaba, y mi joven corazón deseaba, por instinto, la ruina de la señora de Ionis. Mientras ella me hablaba animadamente de las desazones de la opulencia y del bienestar de una dulce medianía a lo Juan Jacobo Rousseau, yo iba tan deprisa en mi novela, que me parecía que se dignaba adivinarla y hacer alusión a ella en cada una de sus palabras embriagadas y embriagadoras.

Sin embargo, no me rendí abierta-

mente. Mi palabra estaba dada: sólo podía prometer que trataría de doblegar la voluntad de mi padre; no podía dar esperanzas de conseguirlo, ni yo mismo las tenía: conocía bien la firmeza de sus decisiones. Acercábase la solución; estábamos hartos de dilaciones y de procedimientos evasivos. La señora de Ionis proponía un medio para el caso en que lograrse hacerme compartir sus ideas: que mi padre se pusiera enfermo en el momento de pronunciar su defensa, y que se me confiase la causa... ¡para perderla!

Confieso que esta hipótesis me horrorizó y que entonces comprendí los escrúpulos de mi padre. Tener en las manos la suerte de un cliente y sacrificar su derecho a una cuestión de sentimiento, es un hermoso papel cuando puede desempeñarse abiertamente por orden suya; pero no era esta la proposición que se me hacía. Era preciso salvar las apariencias ante el señor

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de Ionis, ejecutar las torpezas diestramente, emplear la astucia para el triunfo de la virtud. Tuve miedo, palidecí, casi lloré, pues estaba enamorado y mi negativa me destrozaba el corazón.

—No hablemos más de esto— me dijo bondadosamente la señora de Ionis, que pareció adivinar, si no lo había hecho ya antes, la pasión que encendía en mí.—Perdóneme por haber sometido su conciencia a una prueba semejante. ¡No! no debe usted sacrificarla a la mía, será preciso encontrar otro medio de salvación para esos pobres adversarios. Lo buscaremos juntos, porque usted está conmigo a su favor, lo veo, lo siento, ¡a pesar suyo! Es necesario que se quede usted conmigo algunos días. Escriba a su padre que yo resisto y que usted combate. Para mi madre política seguiremos estudiando juntos las probabilidades de ganar. Está convencida de que he nacido procurador, y pongo al cielo por

testigo de que antes de este deplorable litigio, no entendía más que ella en estas cosas ¡que no es decir poco! Bueno—añadió volviendo a su amable y simpática alegría,—¡no nos atormentemos y no se ponga usted triste! Ya sabremos encontrar luego nuevos motivos de retardo. Mire usted, uno hay, muy singular, muy absurdo, y que no obstante tendría la mayor fuerza sobre el ánimo de la buena viuda y aun sobre el del señor de Ionis. ¿No lo adivina usted?

—Busco en vano.

—Pues bien, sería el caso de hacer hablar a las damas verdes.

—¡Cómo! ¿comparte realmente el señor de Ionis la credulidad de su madre?

—El señor de Ionis es muy valiente, y lo ha demostrado; pero cree en los espíritus y siente por ellos un miedo espantoso. Prohiban las *tres señoritas* que activemos el pleito, y el pleito seguirá durmiendo.

—¿Es decir que para satisfacer la necesidad que yo siento, de secundarla, no encuentra nada mejor que condenarme a abominables imposturas? ¡Ah! señora, ¡qué bien conoce usted el arte de hacer desgraciadas a las personas!

— ¡Cómo! ¿también esto le daría escrúpulos? ¿No se ha prestado ya de buen grado?...

— A una broma sin consecuencias, ¡perfectamente! Pero si el señor de Ionis se mezcla en ello, si me intima a declarar bajo mi honor...

— ¡Es verdad! ¡otra idea que no servirá para nada! No busquemos más por hoy. La noche es buena consejera; quizás mañana le propondré algo que sea posible. Va haciéndose tarde y oigo cómo nos busca el padre Lamyre.

El padre Lamyre era un hombrecillo delicioso. A la edad de cincuenta años se conservaba aún fresco y guapo. Era bueno, frívolo, ocurrente, de grata

palabra, fácil, animado, y en cuanto a opiniones filosóficas, de la de quien hablaba con él, pues no trataba nunca de persuadir, sino de hacerse agradable. Saltóme al cuello y me llenó de elogios, a los que no dí ningún valor, pues sabía que los prodigaba a todo el mundo; pero se los agradecí interiormente, más que otras veces, a causa del gusto con que la señora de Ionis parecía escucharlos. Alabó mis grandes talentos como abogado y como poeta, y me obligó a recitar algunos versos que parecieron estimarse en más de lo que valían. Después de felicitarme con acento sincero y conmovido, la señora de Ionis nos dejó juntos para ocuparse en los cuidados de la casa.

El padre me habló de mil cosas que no me interesaron poco ni mucho. Hubiera querido estar solo para soñar, para recordar cada una de las palabras, cada uno de los ademanes de la señora de Ionis. Pero el padre se me

pegó, me siguió a todas partes, y me contó cien cuentos ingeniosos que yo envié al diablo. Por fin hubo de adquirir la conversación un vivo interés para mí, cuando tuvo a bien colocarla de nuevo en el terreno ardiente de mis relaciones con la señora de Ionis.

—Sé lo que le trae aquí—me dijo.—*Ella* me habló de esto por anticipado. Sin conocer el día de su visita, le esperaba. Su padre no quiere que ella se arruine, y ¡vive Dios, tiene razón! Pero no la convencerá y no tendrán ustedes más remedio que reñir con ella o dejarla hacer su voluntad. ¡Si ella creyese en las damas verdes, muy bien! podría usted hacerlas hablar expresamente para el caso; ¡pero cree en ellas tan poco como usted y como yo!

—Sin embargo, ¡la señora de Ionis me ha dicho que usted cree un poco en estas cosas, señor cura!

—¿Yo? ¿se lo ha dicho ella? Sí, sí, ¡ya sé que trata a su amiguito de

cobardón! Pues bien, canten ustedes a dúo; no tengo miedo de las damas verdes, no creo en ellas; pero estoy seguro de una cosa que me asusta, y es que las he visto.

—¿Cómo concilia usted entonces estas dos cosas contradictorias?

—Es muy sencillo. O hay aparecidos, o no los hay. Yo los he visto, no necesito más para saber que los hay. Sólo que no los creo malos, no tengo miedo de que me peguen. No nací cobarde, pero desconfío de mi cerebro, que es una pólvora. Sé que las sombras no tienen efecto sobre los cuerpos, como los cuerpos no lo tienen sobre las sombras, porque he cogido la manga de una de esas señoritas sin encontrar nada que se pareciese a un brazo. Desde aquel momento, que nunca olvidaré, y que ha cambiado todas mis ideas sobre las cosas de este mundo y del otro, me he jurado no desafiar nunca más a la flaqueza humana. No